



La mejor bodega
de vino en el barrio

*El bar de kebab Ali
Calle de las Colas Meneantes



Casa del niño
que quiso
atrapar
a Ebi

Calle de las Camelias



Casa de la señorita Elisa Antipasto
¡CUIDADO CON
EL PERRO!

Calle de los Tilos



Babá →
Aquí se pueden robar pasteles



Árbol de Eduardo

Calle de la Calderilla

Calle del Eclipse

Parque de los Superhéroes

Los mejores gusanos

Cocina de campaña de doña Patricia

Guardia de Igor Dito

Aquí vive un zorro
¡NO ACERCARSE!

CINCO
MARTAS
LISTAS

Justyna Bednarek

CINCO
MARTAS
LISTAS

*ilustraciones de
Daniel de Latour*

traducción de Karolina Jaszecka



Duomo ediciones



el crítico
gastronómico
encubierto



la maestra
cocinera



alias Miranda
Albóndiga, la
autora de los
libros superventas
de cocina



un tipo
sospechoso



el cocinero
granuja



el desa-
fortunado
agente de
Elisa



el funcionario del
cuerpo de seguridad



el orgulloso
cabecilla de la
banda de las
martas



el galán



el pistolero
con cola



la marta
adolescente



la sofisticada
maestra de
la sartén



sin este
grajo nada
sería igual



el rottweiler patoso



¿Leéis el periódico? ¿No? Qué pena, porque a veces uno se entera de cosas interesantes. Por ejemplo, hace poco, en el *Diario de la Tarde* encontré la siguiente noticia:

Desde hace varias semanas, los habitantes de la calle de las Camelias viven sometidos a un constante estrés debido a un grupo de martas que campan a sus anchas por el vecindario. Los depredadores suelen cortar con los dientes los cables de alta tensión, así como los de los coches.

—Llevan merodeando desde hace un mes —se queja Tranquilino Malahierba, vecino de la calle de las Camelias y propietario de un Volkswagen.

Dice que las martas primero le cortaron los cables del velo-

címetro y luego siguieron con los que rodean los pistones. ¡La reparación le costará unos quinientos euros!

—Todos los días, cuando subo al coche, me pregunto si podré ponerlo en marcha. Qué fastidio —dice.

No es, ni por asomo, el único que tiene problemas con las martas. Hay muchos más perjudicados.

—¡Estos animales son una verdadera plaga! ¡Por su culpa hemos perdido cientos de miles de euros! —exclama el ingeniero electrónico Antonio Antipasto—. Pueden entrar en un edificio trepando por un canalón. ¡Los ejemplares adultos son capaces de saltar más de un metro!

El ingeniero explica que una marta, como cualquier depredador, busca dos cosas: comida y calor. Es por eso que les gusta acercarse a los coches recién aparcados. Debajo de sus capós se encuentran calentitas y, si hay cables que les molestan, los cortan; así cuidan de su nueva madriguera y a la vez afilan los dientes.

Otro vecino intenta espantar a las martas lanzándoles pelos de perro metidos en una media (las martas odian los pelos de perro).

—Ha funcionado hasta ahora, pero no sé cuánto durará —confiesa.

Un estudio realizado muestra que ninguno de los métodos conocidos para combatir las martas es eficaz al cien por cien. El pelo canino o los aerosoles con olor dejan de funcionar con

el tiempo, ya que estos astutos roedores se vuelven resistentes al veneno, y cualquier tipo de ahuyentador electrónico resulta completamente inútil ante estos animales.

¡El problema es que lo que se dice en los periódicos no siempre es cierto! A veces un periodista comete un error y luego hay que desmentirlo todo. Por ejemplo, esto de las martas sucedió de forma muy diferente. En primer lugar, no se trataba de la calle de las Camelias sino de la calle de los Tilos, y en segundo lugar el nombre de Malahierba era Tadeo y no Tranquilino, conducía un coche de otra marca y no vivía en esa calle sino que simplemente se encontraba por el barrio (y por casualidad). El segundo entrevistado no se llamaba Antonio, sino Elisa Antipasto, y era una mujer que (el artículo no lo menciona) adoraba a los animales. En resumen, el periodista hizo una gran chapuza y los pobres lectores no se enteraron de lo que había pasado en realidad.

Pero yo sí lo sé. ¿Os gustaría conocer la verdadera historia de las martas? Escuchad...









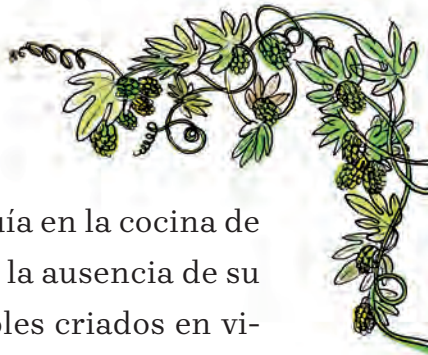








Igor Dito estaba sentado bajo una ramosa bardana, en un hoyo cubierto meticulosamente con hojas secas. Disfrutaba del sol de agosto y maquinaba su siguiente acción. «Esta vez será algo especial de verdad —pensó—. Algo fenomenal, demoníacamente ingenioso y a la vez noble. ¡Algo que nos haga pasar a la historia! ¡El asalto del siglo o de dos siglos que nos convertirá en héroes nacionales y hará que los bisnietos de nuestros bisnietos canten canciones sobre nosotros!». En su imaginación ya saboreaba las mieles del éxito; sintió que un agradable calor invadía su peluda barriga, y de las profundidades de su ser emergió un suspiro de felicidad. Ese estado placentero solía ser el preludeo de una siesta que duraba hasta el anochecer. Con la puesta del sol, Igor Dito, junto con Tomás, Eusebio (a quien llamaban Ebi), doña Patricia y Melisa, salían en busca de comida. El lugar más común para su caza era una pequeña zona verde llamada Parque de los Superhéroes, ubicada cerca de la calle del Eclipse, y que se convertía muy a menudo en un charco pantanoso debido a las cañerías que reventaban con frecuencia. Pero incluso durante las semanas secas y calurosas se podía encontrar allí mucha comida sabrosa. ¡Solo con pensar en aquellas delicias, a Igor Dito se le hacía la boca agua! Esas lombrices grasientas, preparadas al estilo thai por doña Patricia, con una salsa de pescado y hierba



limón (eran los ingredientes que conseguía en la cocina de una casa en la calle de los Tilos... durante la ausencia de su propietaria, por supuesto). O esos caracoles criados en viñas, preparados magistralmente por Tomás Montana, que manejaba tan bien el arte culinario francés como el lazo y el revólver. O el *goulash* húngaro de ranas (cuando doña Patricia lograba hurtar en alguna parte un poco de manteca de cerdo y pimentón ahumado). O las clásicas ancas de rana en cerveza oscura. Después de una comida tan rica, solían tomar de postre una mermelada de ciruelas amarillas, porque en el Parque de los Superhéroes, que era el hábitat de estos cinco ingeniosos animales, abundaban los ciruelos.

Igor Dito roncaba ya bajo una gran hoja de la planta, soñando con el postre de peras Bella Helena, cuando de repente un ruido muy agudo le sacó de su estado de relajación profunda. Era Tomás Montana, que se había agachado a su lado y le silbaba con todas sus fuerzas. Igor abrió un ojo y miró de mala gana a su amigo.

—¡Despierta! ¡Levántate!—chilló Tomás Montana, y cuando Igor Dito finalmente abrió el otro ojo, sacó un puro de hoja de cerezo de su cinturón y lo encendió.

—Podrías dejar esa porquería de una vez por todas. —Igor Dito movió el bigote con desdén.

—Soy una marta, amigo mío, no una... especie inferior. Los puros no me hacen daño. En esto consiste nuestra su-

perioridad sobre los humanos: no tenemos que escuchar a médicos, abogados, filósofos, políticos o a las profesoras de la guardería. ¡Somos libres!

—Tu libertad se acaba donde comienza la mía. —Igor Dito salió de su guarida—. ¡Y yo no quiero que me echés tu humo en las narices!

—*Of course, of course, my friend.* —Tomás Montana dio un paso atrás y entornó un ojo—. Intuyo que estamos planeando una nueva acción... ¡Esa actitud bélica! Ese brillo en los ojos, el provocativo movimiento del bigote. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, *my friend*. ¿De qué se trata esta vez? ¿Una expedición por el canalón hasta el desván de una casa vieja y una fiesta loca entre las sábanas en el tendadero? ¿Pasaremos la noche bajo el capó de un coche o quizás asaltaremos una bodega? Personalmente, me inclino por la última opción...

—Tus instintos no fallan, querido. Pero esta vez se trata de algo de mayor calibre.

En los ojos de Tomás Montana apareció un brillo rojizo. Instintivamente, se agarró la cartuchera del revólver que colgaba justo por encima de su cola.

—¡Vamos, suéltalo! —dijo entre dientes.

—Te lo diré cuando tires esta porquería. —Igor Dito señaló el puro humeante.


Tomás Montana suspiró, y, con un gesto de indiferencia,

aplastó el rollito de hoja de cerezo con los dedos, escupió en el suelo y cruzó las patas delanteras sobre el pecho.

—¡Habla!

Igor Dito sonrió con una pizca de superioridad, cosa que le permitían su edad y su posición de cabecilla. Cruzó una pata por encima de la otra y comenzó su relato. Y mientras hablaba, los ojos de Tomás Montana se volvían cada vez más brillantes. Inclino la cabeza hacia delante y su elegante sombrero borsalino se le deslizó casi hasta la nariz.





Mientras Igor Dito le presentaba su plan a Tomás Montana, doña Patricia y Melisa hurgaban despreocupadas en el jardín del señor Baldomero. A diferencia de las martas, el señor Baldomero era humano. Su jardín estaba bastante descuidado y poblado de trepadoras, cuyas flores resecas colgaban por aquí y por allá. Doña Patricia las recogía en una bolsa especial, que Melisa arrastraba obedientemente detrás de ella.

—Cuando volvamos a casa, le prepararé una infusión a Igor Dito. Las flores de lúpulo devuelven la vitalidad. ¡¿Adónde vas con esa bolsa, Melisa?! —le preguntó irritada a la joven marta, que había metido el hocico en la alambrada que rodeaba el jardín y observaba fijamente a una señora que hacía *jogging*.


Doña Patricia resopló enojada.

—No es nada interesante. ¿Nunca has visto a un humano?

—Sí, claro —susurró Melisa—. ¡Pero mire lo que tiene en las orejas!

La mujer vestía un chándal negro ajustado, zapatillas de color rosa, una diadema a juego y en las orejas llevaba...

—Tienes razón ¡Qué hermosas! ¡Son perlas auténticas!



La verdad era que, auténticas o no, eran unos preciosos pendientes dorados que tenían cada uno una perla rodeada de dos hileras de cuentas azules, justo a juego con el color de los ojos de la mujer que acababa de salir de su casa para correr un poco y mantenerse en forma.



Lo fantástico de las martas es que nunca tienen que preocuparse por el aumento de peso: siempre es perfecto. No importa cuánto estofado de rana cenen, queman todas las calorías corriendo por el parque, al contrario de los humanos, que necesitan un montón de aparatos para contar calorías y asegurarse de quemar cada galleta extra. Ese era el caso de Elisa Antipasto, cuya mayor ambición en aquel momento era poder lucir un vestido de seda color ciruela. El verano anterior todavía le sentaba como un guante, pero desgraciadamente, y por motivos desconocidos, la prenda se había encogido bastante durante los últimos meses, especialmente en la parte del cuerpo donde las martas tienen la cola. Por eso Elisa Antipasto se había vuelto una corredora muy tenaz. Salía a hacer *jogging* por cuarto día consecutivo, ¡pero el vestido seguía sin cambios! Mientras ella corría, su cocinera, Tamara, preparaba los platos según las instrucciones de su jefa.

Doña Patricia dejó de recoger las flores de lúpulo y le susurró a Melisa:

—Esos pendientes son realmente bonitos. Podría usarlos para decorar la lámpara de mi madriguera o atármelos a la cola. Quedaría muy elegante. ¿Crees que la señora se enfadará si se los tomamos prestados? —dijo, y señaló con un movimiento de cabeza en la dirección de Elisa Antipasto, que iba al trote.



—Estoy segura de que no le va a importar, pero... ¿cómo quiere usted hacerlo? —preguntó la jovencita con entusiasmo, dando saltitos de impaciencia.

—Como siempre. Simplemente nos colaremos en su jardín y treparemos por el canalón. Tú te quedarás vigilando en el alféizar de la ventana y yo entraré para llevarme las perlas.

—¿Y si la atrapan?

—¿Atraparme?! ¿A mí? Querida, olvidas que solo son humanos. Carecen de nuestra astucia e inteligencia. ¡Un humano nunca podrá atrapar a una marta!

¡Cuán terriblemente equivocada estaba!



Las dos empezaron a tramar su plan, mientras Eusebio, al que todos llamaban Ebi, caminaba solo a lo largo de la cerca de la propiedad ubicada frente a la casa del señor Baldomero. Suspiraba y observaba desde la distancia a Melisa, que daba brincos llenos de gracia. Suspiraba y la miraba. Y otra vez, y una vez más. Ya hacía mucho tiempo que había perdido la cabeza por aquella joven y grácil marta que, por supuesto, no tenía ni idea de que la estaban observando con adoración (si hubiera sospechado algo, tal vez hubiera dejado de hurgarse la nariz y la oreja con un palito).

De repente, Eusebio cortó sus suspiros porque de detrás

del arbusto emergió un personaje misterioso. Era un tipo moreno con un espeso bigote, vestido con un impecable traje de fina lana italiana y zapatos con punteras afiladas, importados de Lisboa. Ebi, al que no impresionó en absoluto la ropa sofisticada del recién llegado, notó algo más.

En primer lugar, que el misterioso individuo estaba rodeado por una neblina de un olor como de almizcle. En segundo lugar, que estaba alterado y sudaba mucho. Y, por último, que se había comido un kebab picante, cuyo característico olor era muy familiar para Eusebio: en los viejos tiempos, antes de unirse a la pandilla de Igor Dito, solía comer las sobras de los contenedores de basura que hay en la parte trasera del bar Alí Babá.

Desde el principio, el hombre del bigote le dio mala espina a Eusebio, que se deslizó debajo de una hoja de bardana y observó con atención sus movimientos. Mientras tanto, el hombre miraba a su alrededor como si buscara a alguien. En ese momento, el señor Baldomero apareció en la puerta de su casa. Le caía muy bien a la marta porque vestía un cómodo chándal y olía a todo lo que a Ebi le encantaba: a bosque, a caminar, a galletas de jengibre, a té Lapsang Souchong y a esa cosa especial que tienen las personas enamoradas. Porque el señor Baldomero estaba enamorado, al igual que Ebi. Por supuesto, no de una marta, sino de su vecina, Elisa Antipasto, a quien espiaba todas las mañanas



desde detrás del visillo de la ventana. La veía cepillarse el cabello dorado mientras inclinaba la cabeza, encantadora.

Ah... el señor Baldomero tenía también otras cosas en común con Ebi: no sabía iniciar una conversación ni dirigirse a alguien con una frase divertida e ir más allá de unos secos «buenos días», «hoy hace buen día» o «yo en su lugar me pondría una bufanda». La señorita Elisa Antipasto siempre le sonreía a modo de saludo, y él fruncía el ceño y ponía cara de persona inaccesible y terriblemente ocupada. En realidad, todos sus quehaceres se resumían en desherbar las tomateras y escribir reseñas gastronómicas, lo cual, la verdad, no era mucha faena. Uno de los motivos de su timidez era que su bella vecina era muy rica, mientras que él tenía un modesto salario de crítico gastronómico que a duras penas le permitía ir tirando. Así que disfrutaba de aquellos fugaces momentos de felicidad cuando ella le sonreía, a lo que él no era capaz de responder con un escueto «Buenas» mientras la miraba con el ceño fruncido.

¡Y todo esto por sus absurdos complejos! El señor Baldomero sabía que pasaba desapercibido. Por supuesto, eso le era muy útil en su trabajo: cuando se sentaba en un restaurante y pedía doce platos de la carta, nadie le prestaba atención ni sospechaba que se trataba de un estricto crítico gastronómico con un cierto renombre. Gracias a sus minuciosas reseñas, algunos restauradores (los que obtenían su

aprobación) eran honrados con todos los premios posibles, y la facturación de sus locales crecía en pocos meses, mientras que los cocineros criticados por él se arrancaban hasta el último pelo de la cabeza porque terminaban arruinados.

De saber todo eso, seguro que la señorita Elisa Antipasto le haría más caso. Al fin y al cabo, ella también llevaba la gastronomía en el corazón, aunque de eso ya hablaremos un poco más adelante.

Cuando el crítico gastronómico secreto vio a su vecina regresar de su sesión de *jogging*, decidió colocarse estratégicamente en la puerta de la valla, por si la señorita Antipasto decidía venir en su dirección. Sin embargo, en lugar de eso, apareció el misterioso individuo del bigote y los zapatos de fabricación portuguesa. Al ver al señor Baldomero sonrió, mostrando unos dientes excepcionalmente blancos, y él sintió un escalofrío de repugnancia.

—¡Buenos días, caballero!

—Buenas —gruñó el señor Baldomero, como hacía de costumbre.

—¿Vive usted aquí?

—Podría decirse que sí.

—¿Y conoce a una tal señorita Elisa Antipasto?

—Hum... tal vez la conozca. ¿Por?

—¿Sería tan amable de indicarme en qué casa vive?

El señor Baldomero se irguió, orgulloso, y respondió:

